

«¿Pa qué?»

JOSE ANTONIO ABELLA

VIAJAMOS entre la Maragatería y El Bierzo tres días antes de que el presidente del Gobierno decidiese adelantar las elecciones.

Un paisaje áspero. Encinares. Peladas brañas. Valles donde el sol sale tarde y se oculta pronto. «Si escuchas en la noche, viajero, un estruendo de tormenta que sale de la tierra, y está el cielo despejado, y te hallas en el camino de Compludo..., no temas, que ni los demonios se han escapado del infierno ni los tambores anuncian el día del Juicio; es, sencillamente, el martillo de su herrería». Con estas o parecidas palabras expresaban los viajeros románticos la sensación producida en su ánimo por uno de los últimos ingenios de la siderurgia preindustrial: el martillo pisón de la fragua de Compludo.

Mas... ¿qué tiene eso que ver con el presidente del Gobierno o con las elecciones generales? Nada. Nada, que no es poco. Nada, como un espejo a lo sustancial donde es incapaz de reflejarse la trivialidad. Nada, que es la única relación entre lo necesario y lo superfluo. Pero acaso ten-

dríais que haber conocido a Salvador Acebo para comprender lo que quiero decir. Tiene este hombre 91 años, la mirada rubia, el cuerpo enjuto y una lucidez mental verdaderamente envidiable. Nos habla de sus argucias para evadirse del Servicio Militar, de la guerra y la postguerra, de la Guardia Civil y del Maqui: «Llego a casa y me encuentro a la mujer en la cama, con los hijos, llorando. Han venido los guardias a por ti», me dice. «No llores, que sólo se muere una vez y todos tenemos que hacerlo», le digo. Salgo y me los encuentro en la puerta. En este mismo banco nos sentamos, un guardia a cada lado. Y van y me preguntan que dónde están los maquis. Que todo el día ando por el monte y seguro que lo sé».

No le tiembla la voz a Salvador Acebo. Ni la mirada. Ni tampoco la memoria. Dice que le falla algo el oído, pero la verdad es que nos oye perfectamente:

—¿Que qué dice? Pues que voy y les respondo: «Miren ustedes, no sé dónde están y, aunque lo supiera, tampoco se lo diría... Si no se lo digo, me matan ustedes. Y si se lo di-

go, me matan ellos... Además, ¿qué les parecería a ustedes si, cuando se vayan de mi casa, me subiera yo al monte y le dijera al Maqui por dónde se ha ido la Guardia Civil?

—¿Y qué les pareció su respuesta?

—Pues que va el cabo, me pone la mano encima y me dice: «¡Así se habla...!» ¡Y hasta hoy! —exclama Salvador elevando una palmada sobre su hombro.

—¿Anda, que no era usted político ni nada...!

—¿Político? Nunca. Algo de izquierdas nada más. Pero hoy qué más me da que estén unos o que estén otros —dice como recordando el dilema de elegir a manos de quién moría—. ¿Es que a ellos les importa cómo están mis nogales y mis huertas?

—¿A dónde tienen que votar ustedes?

Responde con el nombre de un pueblo cercano.

—¿Y ya va usted a votar alguna vez?

—¿Pa qué?

Sigue Salvador hablándonos de sus nogales —«que no tenía ninguno y hoy tengo más de ciento ochenta»—, de su familia —«que me quieren

y eso es lo más importante»—, y en especial de Cándida, la nieta, que nos ha servido buen pan de hogaza, jamón y cecina con la sonrisa azul de unos ojos que acarician sueños de juventud y maduran el proyecto de poner el primer restaurante del pueblo.

—¡Oye, hija, tráeles una bolsa de nueces a estos señores!

—Es muy guapa su nieta.

—Pero no se lo digan, que se pone demasiao contenta...

Si alguna vez van ustedes a Compludo, no dejen de saludar a Salvador Acebo. Y si oyen un estruendo que sale de la tierra, y está el cielo despejado..., no se asusten: recuerden que es el martillo de su herrería. Pero si prefieren no viajar y, sentados en el recogimiento y la paz de sus hogares, escuchan un estruendo parecido que sale de su televisor —estridentes, gritos, acusaciones, insultos—, tampoco se asusten: es, sencillamente, que se ha iniciado la campaña electoral, que la trivialidad debe de hacer mucho ruido para disfrazarse de importancia, y que el mucho ruido —ya se sabe— suele ir acompañado de pocas nueces.